

# Esther en alguna parte

*Fragmento*

Eliseo Alberto

Licenciado en periodismo por la Universidad de La Habana, Eliseo Alberto ha publicado los poemarios *Importará el trueno*, *Las cosas que yo amo* y *Un instante en cada cosa*; también las novelas *La fogata roja* y *La eternidad por fin comienza un lunes* y el libro de memorias *Informe contra mí mismo*. Eliseo Alberto ha escrito guiones de cine y televisión e imparte clases y talleres en la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños, Cuba, el Centro de Capacitación Cinematográfica de México y el Sundance Institute de Estados Unidos. Con *Caracol Beach* ganó el Primer Premio Internacional Alfaguara de Novela en 1998. La novela *Esther en alguna parte* será publicada próximamente y *Los Universitarios* adelantará a sus lectores un fragmento del primer capítulo, ilustrado con fotografías de Pia Elizondo.

*Murió la luna...*

J. C. Zenea

Lino Catalá quería tanto a Omarita Cué que le gustaba hasta verla envejecer. La primera vez que dijo esa frase fue el 12 de noviembre de 1946, en el cuarto del Hotel Plaza donde pasarían la noche de bodas, y resultó cuando menos una confesión prematura pues ambos acababan de cumplir veinticinco años; desde entonces la repitió cada nochebuena en los brindis navideños, y en todos los aniversarios del matrimonio, hasta que al cumplir un cuarto de siglo juntos, solos en la casa de siempre, ella le dijo que por fin la declaración comenzaba a tener sentido: “Hasta que lo conseguiste, caramba”, dijo: “me siento una anciana”.

Lino guardó el reproche en ese desván de tripas donde los hombres no olvidan las torpezas y le propuso ir a dar una vuelta por La Habana. No había mucho para entretenerse en aquel

noviembre de 1971, apenas caminar, y eso hicieron. Tenían cuatro destinos posibles: La Rampa, el Café Buenos Aires, el malecón y el Parque Central, únicos puntos cardinales que frecuentaban en la complicada brújula de la ciudad. Eligieron el último. Bajaron San Lázaro, desde el cruce de Infanta, y subieron por El Paseo del Prado, sin atreverse a sacarse en cara el menor reclamo, hasta que llegaron frente a las ruinas del Hotel Plaza, para ese tiempo comido por el salitre, y se sentaron en una banca del parque, como dos aves de corral sobre el filo de un muro. “¿Has sido feliz conmigo?”, preguntó Lino al rato, pero Omara vino a responderle la incómoda pregunta al cabo de dos horas, de espalda y encorvada: “A lo que siempre le he tenido miedo es a acostarme sola”, dijo, e hizo una pausa antes de rematar la frase con una verdad que, pronunciada sin resentimiento alguno, tenía la contundencia de una consigna: “La felicidad es un mito”. Al día siguiente, a media mañana, él

# ESTHER EN ALGUNA PARTE





la encontró en la mesa del comedor, recostada la cabeza en el antebrazo derecho, más dormida que muerta ante el exprimidor de naranjas donde había extraído el jugo a tres limones. Se sentó a su lado y le estuvo acariciando los dedos, falange a falange: tenía manos de momia. Jamás había reparado en esas uñas blandas, transparentes, bien cortadas, ni en las articulaciones redondas ni en los surcos que pintaban a flor de piel el mapa de un paisaje que debía serle familiar y, sin embargo, no lo era. A cada dedo le prestó atención: los contó varias veces, despacio, como si fuese importante el dato de que tenía diez. En el anular izquierdo se desinflaba una ampolla reciente; ahora el dedo estaba rígido, más frío que un pescuezo de pollo en un caldo de vegetales. Vio en las huellas de los pulgares marcas de viejos piquetes cocineros, y en la muñeca izquierda, las costuras de tres crucetas quirúrgicas que amarraban una cicatriz apenas perceptible. Lo que más lo inquietó fue descu-

brir manchas de nicotina entre los dedos índices y del medio, pues nunca la había visto fumar, salvo en alguna que otra fiesta comunitaria, y supuso que debía consumir sus cigarros a escondidas. Esa estampa, Omara aspirando humo en el traspatio, le produjo escalofrío. ¿Cómo él no se dio cuenta? Es un hábito difícil de negar, a no ser que uno se comporte peor que un colegial, y por toda la vida. Los rosetones amarillentos aclararon algo que siempre le había llamado la atención: Omara se lavaba los dientes varias veces al día, cepillando la encía hasta hacerla sangrar, y su único vicio público era chupar caramelos de menta. ¿Por qué ella no dijo que fumaba? La hubiera entendido. No es una falta grave. Al contrario. ¿Qué otros secretos le guardó? ¡Quién sabe! De nada valía plantearse esas preguntas. Una mosca vino a posarse sobre el hombro de la muerta. Lino la persiguió por la cocina, hasta que el insecto se perdió en el hueco de la ventana. El desasosiego lo abrumó.



“Toda duda es una mosca”, pensó. Vio sus propias manos y tampoco las reconoció. Habían envejecido en un segundo. Cuando trabajaba en la imprenta Úcar y García, allá por los cuarenta, se había ganado el apodo de *El Mago* por la velocidad al teclear los linotipos; entonces presumía sus extremidades largas y hábiles, pero esa mañana, en la cocina, se le antojaron ajenas, como injertadas de otro cuerpo. En algún momento habían comenzado a achatarse y a engordar. Pergaminos. De haber podido, se hubiera arrancado las manos, como un par de guantes, y las habría echado a la basura: manjar de moscas. Lino esperó una hora. Quizás abrigaba la esperanza de que el dormido fuese él y que esa escena formara parte de una pesadilla, pero los vientos que batían las hojas de las ventanas y soplaban hacia el interior de la casa los vapores del barrio y las voces de los vecinos lo convencieron que si bien estaba viviendo una pesadilla, jamás podría despertar de ella porque todo muerto resulta una prueba concluyente de que la realidad también puede romperse como un papel de China. Antes de buscar ayuda, lavó el exprimidor de naranjas bajo el chorro del fregadero, y ordenó los vasos en la estantería del comedor. Sacó la basura. Tendió la cama del cuarto. Trapeó el baño. Cuando se quedó sin pendientes, Lino regresó junto a Omara y le pidió perdón por tantas promesas incumplidas, por aquellos sueños del Hotel Plaza nunca realizados, por esas traiciones minúsculas que no les sirvieron ni para odiarse; sólo entonces, hecho un guiñapo, se arrepintió en voz alta de su única falta: quererla demasiado y haber sido, bien lo sabía, un mal

amante. La mañana del entierro amenazaba lluvia. Nadie despidió el duelo. Fue una ceremonia breve, sin muchos testigos. Las ráfagas de los Nortes caracoleaban por las callejuelas del cementerio, afilándose entre los laberintos de los panteones, por lo cual las tres coronas de claveles amarillos salieron volando y dieron volteretas sobre las tumbas, como ramos de novia.

Lino asumió su condición de viudo con gran entereza. Llevó luto hasta que en su única camisa negra no cupo otra zurcida y su saco oscuro se le deshizo en el perchero. Un domingo cualquiera descubrió que ya no necesitaba cortarse el cabello ni afinarse el bigote sino cada cuatro o cinco meses, porque sus vellos habían dejado de crecer al ritmo de costumbre, y entendió esa anomalía como un claro indicio de que debía prepararse para el próximo viaje. “Esta mierda se está acabando”, dijo ante el espejo. La mierda era su vida. Para esas fechas, había aceptado que los sobrinos de Omarita fueran a vivir a su casa, pues pensaba que alguien debía heredar la propiedad. Sus cálculos solían ser erróneos: estaba seguro de que moriría pronto, a más tardar en la Navidad de ese interminable 1971, pero su corazón aún tenía mucha cuerda, tanta, que veintinueve años después el 2000 lo encontró entre las cuatro paredes de su cuartucho, doblando un culero de periódicos. En los titulares del diario se anunciaba el cumpleaños cuarentiuno de la revolución cubana. “Caray: casi la mitad de mi vida”, dijo al pasar una punta del pañal entre sus escualidas piernas. Espantapájaros.

Lino lo decía a su manera: hay puertas que es mejor no abrir, no por miedo a lo desconocido sino por todo lo contrario. Había arribado a semejante conclusión a una edad en la que ciertas verdades sirven de poco ya que la muerte, aun si se tarda, jamás viene averiguando lo que aprendimos de la vida. Cada mañana, después de tirar a la basura el culero de periódicos con que protegía la colchonceta, y antes de echarse encima un cubeta-

zo de agua, Lino debía tomar una decisión que no por repetida dejaba de resultar angustiada: o elegía la camisa azul o elegía la verde, pues se había propuesto que la guayabera cremita, tercera prenda presentable, luciese como nueva la fecha de sus funerales. Mientras llegaba el momento, sólo se atrevía a ponérsela domingos alternos, y evitar así que se gastara en compromisos mundanos. Esa precaución, que pudiera parecer en extremo anticipada, presidía su catálogo de obsesiones. Los domingos que sí, se iba a pasear bajo los portales de Infanta; los domingos que no, “los nones”, decía, también daba la ronda, sólo que en horas de la noche, cuando los gatos son pardos y nadie se fija en la facha de los ancianos fantasmales. Ahora menos, pero de joven siempre presumió una criolla aunque antigua elegancia: zapatos a dos tonos, polainas, pantalón de lino, saco cruzado y una boina gallega, preferiblemente clara. De un tiempo a esta parte le aquejaba una calamidad que sólo los irresponsables pueden asumir sin complejo: incontinencia urinaria. En la intimidad, se reprochaba el no haber muerto alguna de muchas veces que estuvo cerca a lo largo de un siglo insoportable y austero. La primera vez que debió morir fue durante el ciclón de 1926, guillotinado en la calle Mercaderes por una teja voladora; la última, de melancolía, cuando enterró a Omarita en esa tumba sin epitafio que ya no podía localizar en el laberinto del cementerio. Al cabo de unas treinta defunciones familiares había terminado por trocar los sepulcros y no recordaba si su esposa dormía en el panteón de los Álvarez o en el de los Cué, porque el nicho de los Catalá se había llenado con las casi trescientas libras de Tony, el primo cocinero. Lino Catalá tenía mala memoria, tan mala que en una pared del cuarto, debajo de un daguerrotipo de su madre, pegó este escueto memorándum: “No olvidar que eres olvidadizo: naciste el 13 de febrero”. Mas la vida no siempre es justa con los justos y en ocasiones impone condenas brutales, entre ellas la

eternidad. El único esfínter que se le había descompuesto era el de la próstata. Hubiera preferido un accidente fulminante, un infarto o una embolia estomacal, hasta que entendió qué tan dura podía resultar la mala suerte de tener buena salud: se secaría poro a poro, sin dientes, torcido, y los suyos sabrían la noticia al percibir por los corredores de la casa, mezclado a los perfumes de la picuala, esa peste a morcilla que evaporan los perros rancios: a las setentidós horas, Miriam o Perico o Mercedesita o Urbano o Toto el Bobo o los jimaguas Rómulo y Remo encontrarían su cadáver, más una pareja de aves de rapiña picoteando las persianas. De ahí, su dedicación a la picuala, la graciosa enredadera que trenzaba los tubos del desagüe a la antena del televisor y que, en luna menguante, destilaba en el jardín olores mentolados. Dormitaba en calzoncillos, sin medias, al filo de la colchoneta y en posición fetal. El pellejo le acartonaba el esqueleto, dejando a ras de piel arrugas de pésimo tapizador. Su cuerpo era un mueble, una comadrita desfondada. ¿Cómo sería Lino Catalá que no encajaba en ninguna de las categorías más contagiosas de “lo cubano”? Tipógrafo de profesión, nunca fue músico ni bailarín ni boxeador ni pelotero ni abakuá ni tiratiro ni chismoso ni borracho ni mirahuecos ni pajarito ni bugarrón ni mujeriego. Bailaba tango, bebía infusiones de hierbabuena, y tenía por tesoro veintitantos discos de Hugo del Carril. Dos sábados al mes visitaba el Café Buenos Aires, una cueva lunfarda y semi clandestina donde la dueña, Rosa Rosales, le permitía escuchar sus acetatos. De la época en la imprenta Úcar y García, donde gastó retinas y espejuelos levantando mayúsculas, le quedaba una manía propia del oficio: calcular a simple vista los alfabetos y el puntaje de los anuncios públicos. Club de Ajedrez José R. Capablanca, sin duda, garamond, tantas pulgadas; Cabaret Las Vegas, avant garde; Radio Progreso, helvética itálica. Se equivocaba a menudo, por supuesto. “Es que soy una pituita”, respondía cuan-

do su sobrina Miriam le cuestionaba su particular costumbre de medir la importancia de las cosas por el tamaño de las letras. Lourdes la bodeguera lo sorprendía leyendo cartelones públicos y pensaba que Lino debía estar en Belén con los pastores porque los cubanos saben, gracias a un refrán aprendido en la niñez, que quien habla solo, de sus maldades se acuerda. Un día que Lino se atrevió a burlarse de sus clavículas, dijo a Miriam que debían contratarlo en la cátedra de anatomía: “Parezco un esqueleto rumbo”. A manera de prueba se abrió la camisa y enseñó la osamenta. “Tío, estás más enclenque que Mahatma Gandhi”, dijo la sobrina y a él le dio un coletazo de pudor. Conocía menos de su corazón que de sus huesos porque las aurículas bombeaban sin más señal de deterioro que unas esporádicas taquicardias, no así las costillas, que le alfiteaban el hígado, y las vértebras, que hacían ruidos de bisagra cuando se le trancaba la columna y le hacían morder los bordes de la colchoneta para mitigar las punzadas. “¡De tranca!”, exclamó al comprobar que el culero de periódicos había sido insuficiente para represar los riñones. Aquel miércoles escogió la camisa verde, de guingan, a cuadros blancos. Le faltaba un botón. La tarde anterior un buche de pan y leche había manchado el cuello de la camisa azul, y aunque la lavó con esmero, antes de tenderla en la ventana, luego unos vientos repentinos la soplaron hacia el patio. Llovía sin alarde, en ráfagas oblicuas. El cuarto, al fondo, apenas dejaba unos tres metros de distancia entre la puerta y la retaguardia del edificio aledaño, por lo cual los relámpagos no restallaban en la habitación, eternamente a oscuras. Las cuñas del vendaval, sin embargo, refrescaban el aire que, preso entre cuatro paredes, sabía a vinagre. Esa noche, al igual que muchas, revuelto en la cebolla de la sábana, Lino Catalá repetía un sueño que, si aceptamos su doble condición de viudo y puritano, demostraba la fragilidad de su imaginación: caminaba por el pasillo de

una casona abandonada, atravesando puertas y puertas y puertas hasta que, al abrir la quinta, es testigo de una escena en verdad magnánima: a pleno sol, atlética, espléndida, acuática, Esther Williams hace piruetas en una piscina tan brillante que ni el cielo, siendo añil, se le igualaba. Lino despertó contento. Palabra a palabra armó las frases que diría al señor Úcar cuando le reprochara el haber llegado tarde a la imprenta —advertido como estaba, desde el lunes, que ese miércoles de 1946 el señor Lezama Lima pasaría a recoger las galeras de la revista *Orígenes* Errático, escuálido, decrepito, tardó un par de siglos en darse cuenta de que no era el héroe de aquel sueño sino una mosca atrapada en la tela de una araña. No conseguía desprenderse de la sábana. Piel y tela se fundían en una baba gelatinosa que mezclaba sudores y orines. Cuando pudo dar tres pasos imprecisos por la diagonal del cuarto, recordó que dentro de unos quince días iba a cumplir años; al pie de la ventana, descubrió la camisa azul, hundida en el fango. El cristal del charco reflejó su rostro. “¡Gandhi ni Gandhi, carajo!”, masculló.

—¿Estás ahí, abuelo? —oyó decir a Miriam. Lino sonrió: si su sobrina quería algo, siempre le llamaba abuelo. Guardó los periódicos meados bajo el camastro.

—No entres, hija.

—No, no voy a entrar.

—¡Ah!, bueno...

Toto el Bobo pasó tocando la corneta: tres notas, nunca iguales. Lino se rascó las axilas. En las uñas, aserrín de golondrinos.

—¿Qué te dije? —dijo Miriam.

—¿Qué me dijiste? —dijo el viejo.

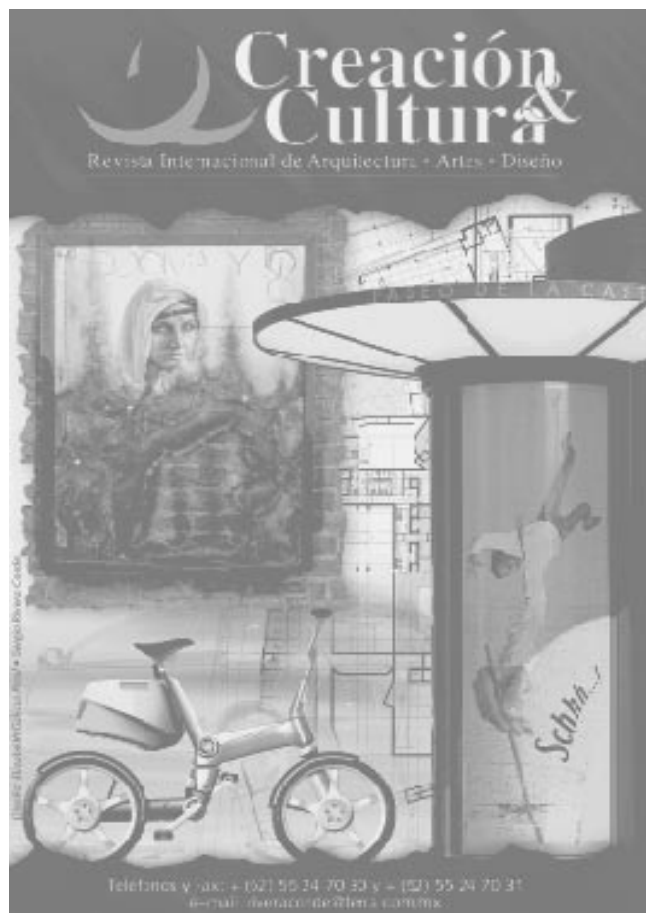
—Que iba a llover, ¿no?, y anoche estuvo lloviznando desde las diez hasta las cinco de la mañana. Por tu madre, el barrio es un chiquero.

—¿Se tupieron los tragantes?

—Se tupieron. Todavía se ve un poquito nublado...

—Miriam, ¿qué hora es?

—La de buscar el pan, abuelo. ①



Tomar un buen café o leer alguna revista...  
 Todo está en La Bouquinerie.  
 Porque contamos con más de 10 000 títulos de literatura,  
 poesía y filosofía entre muchos otros. Tenemos una  
 gran selección en libros infantiles y un excelente Bistrot  
 donde podrás disfrutar deliciosos platillos.  
 Visítanos y recuerda que todo está en

*La Bouquinerie*  
 Librería Francesa

Camino al Desierto de los Leones No.40, Col. San Ángel  
 Tels: 56160909, 56160066 Fax: 55502000

Havre No.15, Col. Juárez  
 Tels: 55140838, 55140839

Sócrates No. 15b 1er. piso, Col Los Morales  
 Tels: 53952564, 55572993

bouquin@mail.internet.com.mx



CURSOS DE LENGUA Y CULTURA ITALIANA,  
 BECAS, BIBLIOTECA (20,000 VOLÚMENES EN  
 ITALIANO), VIDEOTECA, DIAPOTECA,  
 HEMEROTECA, SALA DE LECTURA, SALA  
 MULTIMEDIA, EXPOSICIONES, EVENTOS, LIBRERÍA  
 CAFETERÍA (MUY PRONTO)

Francisco Sosa 77, Villa Coyoacán, 04000, México, D.F.  
 E-mail: italcult @data.net.mx - Tel. 554.00.44/53 Fax: 554.66.62  
 Homepage <www.italcultmexico.com.mx>

 INSTITUTO GOETHE  
 MEXICO, A.C.

GOETHE TE TRAE  
 ALEMANIA A MÉXICO

CURSOS DE ALEMÁN

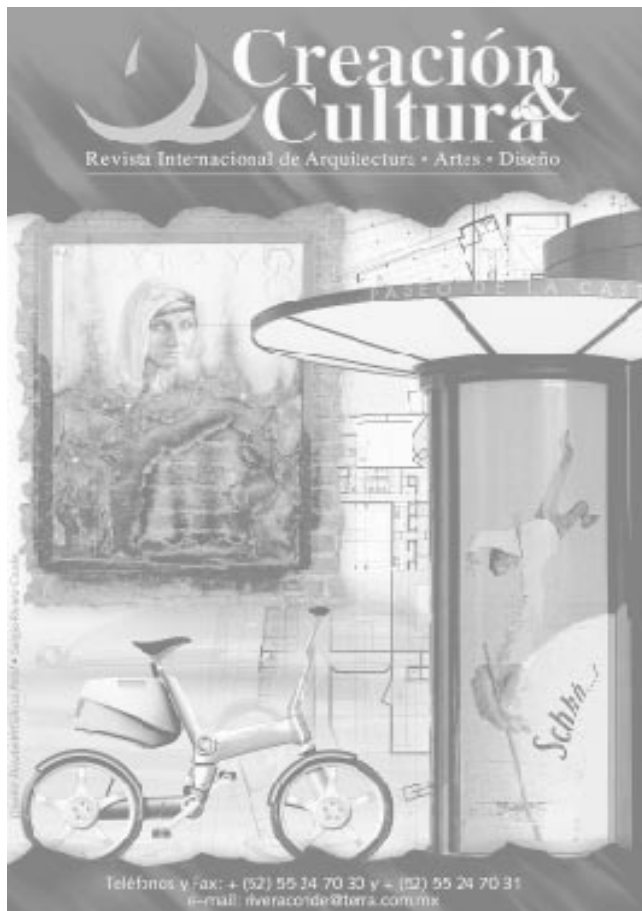
1<sup>er</sup> trimestre de 2001:  
 12 de febrero - 4 de mayo

INSCRIPCIONES: 6 - 10 de febrero

- TODOS LOS NIVELES -

Tonalá 43, Col. Roma, 06700 México, D.F.  
 Tel.: 52 07 04 87

e-mail: spr@goethe.com.mx  
 http://www.goethe.de/hn/mex



*Tomar un buen café o leer alguna revista...  
 Todo está en La Bouquinerie.  
 Porque contamos con más de 10 000 títulos de literatura,  
 poesía y filosofía entre muchos otros. Tenemos una  
 gran selección en libros infantiles y un excelente Bistrot  
 donde podrás disfrutar deliciosos platillos.  
 Visítanos y recuerda que todo está en*

*La Bouquinerie*  
 Librería Francesa

Camino al Desierto de los Leones No.40, Col. San Ángel  
 Tels: 56165909, 56160606 Fax: 55502000

Havre No.15, Col. Juárez  
 Tels: 55140838, 55140839

Socrates No. 1bb 1er. piso, Col. Los Morales  
 Tels: 53952564, 55572993

bouquin@mail.internet.com.mx



CURSOS DE LENGUA Y CULTURA ITALIANA,  
 BECAS, BIBLIOTECA (20,000 VOLÚMENES EN  
 ITALIANO), VIDEOTECA, DIAPOTECA,  
 HEMEROTECA, SALA DE LECTURA, SALA  
 MULTIMEDIA, EXPOSICIONES, EVENTOS, LIBRERÍA  
 CAFETERÍA (MUY PRONTO)

Francisco Sosa 77, Villa Coyoacán, 04000, México, D.F.  
 E-mail: italcult @data.net.mx - Tel. 554.00.44/53 Fax: 554.66.62  
 Homepage <www.italcultmexico.com.mx>

INSTITUTO GOETHE  
 MEXICO, A.C.

GOETHE TE TRAE  
 ALEMANIA A MÉXICO

CURSOS DE ALEMÁN

1<sup>er</sup> trimestre de 2001:  
 12 de febrero - 4 de mayo

INSCRIPCIONES: 6 - 10 de febrero

- TODOS LOS NIVELES -

Tonalá 43, Col. Roma, 06700 México, D.F.  
 Tel.: 52 07 04 87

e-mail: spr@goethe.com.mx  
 http://www.goethe.de/hn/mex

**Creación & Cultura**  
 Revista Internacional de Arquitectura • Artes • Diseño

Teléfonos y Fax: + (52) 55 34 70 30 y + (52) 55 24 70 31  
 e-mail: rivenacorde@terra.com.mx

*Tomar un buen café o leer alguna revista...  
 Todo está en La Bouquinerie.  
 Porque contamos con más de 10 000 títulos de literatura,  
 poesía y filosofía entre muchos otros. Tenemos una  
 gran selección en libros infantiles y un excelente Bistró  
 donde podrás disfrutar deliciosos platillos.  
 Visítanos y recuerda que todo está en*

*La Bouquinerie*  
 Librería Francesa

Carrizo al Desierto de los Leones No 40, Col. San Ángel  
 Tele: 55100909, 55100909 Fax: 55502909

Havre No 15, Col. Juárez  
 Tele: 55140838, 55140839

Sociales No. 106 1er. piso, Col. Los Morales  
 Tele: 53962564, 55572993

bouquin@mail.internet.com.mx



CURSOS DE LENGUA Y CULTURA ITALIANA,  
 BECAS, BIBLIOTECA (20,000 VOLÚMENES EN  
 ITALIANO), VIDEOTECA, DIAPOTECA,  
 HEMEROTECA, SALA DE LECTURA, SALA  
 MULTIMEDIA, EXPOSICIONES, EVENTOS, LIBRERÍA  
 CAFETERÍA (MUY PRONTO)

Francisco Sosa 77, Villa Coyoacán, 04000, México, D.F.  
 E-mail: italcult @data.net.mx - Tel. 554.00.44/53 Fax: 554.66.62  
 Homepage <www.italcultmexico.com.mx>

INSTITUTO GOETHE  
 MEXICO, A.C.

GOETHE TE TRAE  
 ALEMANIA A MÉXICO

**CURSOS DE ALEMÁN**

1<sup>er</sup> trimestre de 2001:  
 12 de febrero - 4 de mayo

INSCRIPCIONES: 6 - 10 de febrero

- TODOS LOS NIVELES -

Tonalá 43, Col. Roma, 06700 México, D.F.  
 Tel.: 52 07 04 87

e-mail: sprai@goethe.com.mx  
 http://www.goethe.de/hn/mex